

PERSPECTIVAS SOBRE EL TRABAJO MONÁSTICO EN LA CIVILIZACIÓN ACTUAL Y EN LAS CONDICIONES DE NUESTRO CONTINENTE⁵

La formación monástica que muchos de nosotros recibimos exige una seria reflexión. Como nuestros países intentaron darnos una educación con la mayor responsabilidad, a pesar de sus límites y deficiencias, también nuestros maestros en la vida monástica, con profunda conciencia de su cargo, nos presentaron lo que ellos hallaban ser más adecuado para nuestra vocación. Nunca estaremos bastante agradecidos por tantos esfuerzos y ejemplos de auténtica dedicación y santidad.

En nuestros “círculos” de ayer, se notó todavía la necesidad de una valiente confrontación de nuestros signos en relación a una nueva civilización. Hoy se trata de una revisión de nuestros modos de vida en lo referente al trabajo.

Sin duda, conforme a las opciones comunitarias o individuales, encontraremos dificultades en este examen.

En la apertura de este Encuentro, nuestro Abad Primado señaló la necesidad de una vuelta al espíritu del fundador ya la vez mostró una cierta relatividad que representa san Benito en el dinamismo del carisma monástico.

Las perspectivas de san Benito sobre el trabajo deberían permitir para nosotros la “sabia audacia” que nos exigen el Espíritu Santo y los tiempos en que vivimos.

San Benito introdujo el trabajo agrícola en la vida monástica a pesar de los ambientes monásticos de Italia en ese tiempo. El no lo hizo como un ideal, sino por necesidad. Sin embargo, él acepta a la vez todas las consecuencias de esta innovación: se trata de una mitigación del ayuno y de la ausencia de la vida coral. San Benito intenta convencer a sus monjes que acepten este hecho no como una decadencia o traición, sino como una contrariedad que, paradójicamente, les permitirá ser *verdaderamente* monjes.

Además san Benito llama la atención de los monjes, mostrándoles que esta situación se apoya en una tradición cristiana más fundamental: el trabajo es una exigencia de la vida cristiana honesta y animosa antes de ser específicamente monástico. ¡Es simplemente un deber humano!

Para san Benito somos *verdaderamente* monjes cuando las circunstancias y tal vez las contrariedades nos obligan a ser simplemente cristianos y asociados a la condición humana común. San Benito vio en esto una forma de fe y de obediencia a Dios sin ilusión, porque consiste en aceptar las necesidades de la realidad, en vez de huir, escondiéndose detrás de un condicionamiento ideal prefabricado.

En una encrucijada histórica, la regla de san Benito supo abrir de manera positiva nuevas pistas para el trabajo de los monjes.

En 1972, ¿no nos encontramos en la encrucijada de una nueva civilización. Sabemos responder a este desafío? Es peligroso lanzarse en la prospectiva y en las proyecciones futuras, sin preparación. Pero simplemente, veamos las orientaciones que intentan responder a los llamados del Espíritu Santo en nuestros tiempos.

⁵ Tradujo: Hna. Estela Ma. Armelín, osb. Abadía Sta. Escolástica. Buenos Aires, Argentina.

Más que nunca debemos respetar en este asunto el pluralismo afirmado en el Congreso de Abades de 1967 que intentó definir al monje benedictino, pero debemos también respetar el carisma propio de cada monje y monja.

En el mundo secular la eficiencia en el trabajo es uno de los criterios fundamentales con que tropieza todo hombre de hoy, y de los cuales no puede huir el monje, aún y sobre todo siendo en este particular un elemento de contestación. Para el mundo secular del trabajo, y aún para las relaciones sociales no valen los títulos honoríficos, ni siquiera la competencia de la autoridad constituida, sino la autoridad de la competencia profesional y científica.

¿Cuál va a ser la confrontación de la vida monástica con este fenómeno?

Ya existe una literatura abundante, y tal vez sería fácil establecer un índice de artículos y libros.

Añado: no se trata para el monje de diluirse, sino de guardar en su trabajo su especificidad; no voy a insistir, ya estamos todos de acuerdo en esto.

Grandes comunidades o de tipo más tradicional comenzaron una conversión, una reconversión, o mejor una búsqueda de mayor fidelidad, respetando las personas y sus aspiraciones. Prefiriendo presentar un testimonio más vivo que teorías intelectuales, pongo el resultado de una encuesta personal en grandes y pequeñas comunidades que hicieron experiencia.

Sobre todo en las grandes comunidades aparece urgente para la madurez de monjes y monjas que el impacto económico sea conocido por ellos. Es una manera nueva y sabia de concebir la pobreza. Esta no consistirá más en recibir todo sin considerar lo que nos es dado. Será conocido el precio de coste de las cosas y lo que eso representa en relación a las entradas del trabajo comunitario o individual.

Por eso el trabajo debe ser individualizado, con atención, dentro del conjunto de la comunidad y sus necesidades, según los dones y carismas de cada uno.

En este sentido hay monasterios que dieron mayor autonomía a cada oficio en sus trámites, a fin de una participación adulta en la economía del oficio y del monasterio.

Se exige también mejor preparación profesional de monjes y monjas: se trata no sólo de la propia persona del monje, y de la concurrencia que el monasterio tendrá que enfrentar en la vida económica de hoy, sino igualmente de la competencia profesional y de la honestidad del monasterio como tal; no se hace un profesor de matemáticas o un mayordomo con una simple bendición del abad...

Nuevas formas de trabajo son cada vez más comunes. Sobre todo en los monasterios situados en zonas rurales y en Europa, hasta estas últimas décadas, se vivía en una economía cerrada. Los contactos mundo y monasterio se han multiplicado. Y hoy, una vez más el monje trabaja afuera. No sólo en tareas apostólicas, sino también y ésto es la novedad, para cumplir tareas que llamamos profanas. Esta novedad recibe todavía aquí y allá ciertas resistencias. Consideremos con mayor atención este fenómeno sin excomulgarlo a priori.

Este trabajo exterior tiene la gran ventaja de colocar al monje, muchas veces en la situación no de patrón, de jefe, sino de empleado, de asalariado, de operario. Y ésto es una cosa excelente: vamos a descender de nuestra autosuficiencia o de nuestra inmadurez. No voy a decir si esta profesión es más monástica que aquella. Yo soy profesor en el colegio del monasterio, ¿por qué no lo sería en un colegio del Estado? Soy sastre en el monasterio, ¿por qué no ejercer la profesión fuera de la clausura monástica? Tengo el diploma de ingeniero electrónico o de una especialidad en laboratorios de química, ¿por qué, yo, monje o monja, no podría ejercer esta profesión fuera del monasterio sobre todo en un país en vías de desarrollo?

Esto plantea problemas de la organización del día en función de horarios de aquellos que abrazan la condición normal de los hombres de nuestro tiempo. Esto es difícil pero con buena voluntad tiene solución.

Debemos encontrar nuevos modos de contabilizar las situaciones de los monjes y monjas y también de los que trabajan en el monasterio de tal manera que cada uno sienta que *pone* en común en vez de *tener* en común como fue hasta hoy. En una comunidad pequeña, es evidente, cada uno tiene que saber lo que su hermano gana efectivamente.

Este trabajo exterior tiene otra ventaja para los monjes y monjas: distinguir entre el medio de trabajo y el medio de vida. Hace pocos días en una comunidad religiosa activa una hermana fue llamada 14 veces durante la noche para atender los llamados de una maternidad, porque esta comunidad vive dentro del hospital. ¿Es humano? Cuántas veces encontramos natural que un hermano falte al Oficio Divino, o a las refecciones o recreos comunes porque está ocupado en tareas nocturnas que él no tendría si tuviese las mismas tareas fuera del monasterio. Una auténtica vida de comunidad ¿sería menos importante para un monje o una monja que el colegio o cualquier otro empleo “intra muros”?

Una pequeña comunidad monástica en la que todos los miembros trabajan fuera de casa me comunicó estas reflexiones. Primero hay una falta de preparación de monjes y monjas para adaptarse y enfrentar este nuevo estilo de vida. En segundo lugar los monjes y monjas tendrán que enfrentar el análisis político, social e incluso sindical que exige mi compromiso en el trabajo. Esto en el mismo ambiente del trabajo, con consecuencias a veces en la propia comunidad. Conozco una comunidad que se orientó en este camino, en el cual uno de los miembros trabaja en una repartición que examina a los empleados y no tiene la visión crítica que los otros miembros de la comunidad tienen de esta situación.

En estas nuevas pequeñas comunidades habrá también otras dos dificultades que tendrán que ser resueltas y lo son de manera excelente por nuestros hermanos de la Fraternidad Ecuménica de Victoria. Son los problemas de la oración comunitaria y de la acogida.

Para ser completa, en su brevedad, esta exposición debe abordar el trabajo en cuanto realizado en nuestro continente, esto puede hacerse en una doble dirección:

- 1) En la medida de lo posible, y sobre todo cuando los monasterios poseen personas competentes en ramos que permiten el desarrollo, ¿no sería deseable que estas personas estuviesen al servicio de la comunidad local, regional o nacional?
- 2) Esta participación de servicio al desarrollo pus de también realizarse por una solidaridad y un compartir con el medio ambiente, sobre todo con una ayuda eficaz a la promoción de los pobres que nos rodean, por ejemplo por cooperativas, registradas o no. Ellos esperan de nosotros una liberación económica, camino de una liberación pascual integral.

Los límites de tiempo impiden agotar un asunto tan importante. Intenté apenas proponer algunas preguntas para nuestra reflexión de tal modo que nuestro trabajo sea signo de Cristo en medio de los hombres, signo pascual y escatológico. Nuestro trabajo tiene su término en la nueva creación. ¿Quién podría decir que, después de la resurrección de los cuerpos, el mundo nuevo no tendrá también, aún cuando de otras maneras, los vestigios de aquello que hay de mejor en nuestros actuales productos del trabajo humano? Nuestro trabajo es eternamente importante. Así nuestros monasterios serán simiente de vida cristiana, como dice el Concilio, no sólo por una vida de oración y de adoración, sino también por una vida de trabajo.

*Monasterio de la Anunciación
80000 Curitiba - C. P. 6508
Paraná - Brasil*